

ría Rodríguez Méndez nos dice: «Algunos de estos hombres se encuadran entre los "ultras" y no estamos dispuestos a que nuestras obras sean manipuladas por ellos; el resto son gente que no están claros ni como hombres de teatro, y pretendemos no caer en manos de estos señores. Lo que nos interesa es escribir y no dejarnos mixtificar. Salvando todas las distancias, y aunque suene a exageración, no estamos dispuestos a que con nuestros textos ocurra algo parecido a lo que se ha hecho con los de Lorca o Valle-Inclán; por lo tanto, la lista que hemos compuesto tendría que ser más larga, pero ya tendremos tiempo; la verdad es que confiábamos en que otros autores nos siguieran en la decisión...

Durante varios años, nuestras obras han tenido todo tipo de dificultades para ser representadas. Esos directores decían tener intereses en ellas, pero a la hora de la verdad luchaban por textos de autores extranjeros. Ahora, nosotros no queremos intervenir en su postura oportunista de cara a un juego democrático que es falso. Nos preocupa nuestro teatro que ha sido escrito contra viento y marea, con todo tipo de dificultades; un teatro

que quiere hablar de nuestra situación, de nuestra historia, de nuestros hombres, pero sin equívocos ni ambigüedades; que no se aprovechen, pues, de nuestro teatro para intereses que no compartimos. Esta postura, naturalmente, nos obligará a quedarnos mucho más tiempo en el silencio, pero en el silencio se está muy bien. De hecho, estos nombres que citamos han estado dispuestos a que continuemos en ese silencio porque les venía mejor, como ya he dicho, hacer otro tipo de teatro. Nuestra postura es una protesta que alude a otros problemas que los estéticos. De hecho, es una afirmación moral que, de paso, pone en su sitio a estas vacas sagradas».

Entre las obras de Rodríguez Méndez destacan: «Los inocentes de la Moncloa», «Vagones de madera», «La batalla del Verdun», «Bodas que fueron famosas del Pimdaño y la Fandanga», «Flor de Otoño» e «Historia de unos cuantos». De Martín Recuerda se han editado o estrenado, en España o en otros países: «Las salvajes de Puente San Gil», «El teatrillo de don Ramón», «¿Quién quiere una copia del Arcipreste de Hita?», «Como las cañas del camino», «Las arrecogidas del beaterio de Santa María Egipcíaca» y «Los átridas». ■ D. G.

ronse a recoger ni más ni menos que cien mil firmas en pro de un proyecto que, removiendo un poco Roma con Santiago, habían explicado a través de la prensa local y hasta en los salones de la Alcaldía de la ciudad. No era otra la intención que el que no se edifique en la calle de San Fernando, la que antaño fuera calle de cigarrerías, por aquello de que la Fábrica de Tabacos se encontraba ubicada en el edificio que hoy ocupa la Universidad hispalense. Y mejor que en toda la calle, estas bienpensantes almas se refieren a la no edificación de casas, o, por mejor decir, la demolición de las hoy existentes en la acera izquierda de esa calle, y no autorización para construir en los solares ya existentes. Sobre esto de las firmas han circulado muchos rumores.

Hablar de las personas que forman la Junta Gestora de la «Asociación Cultural» no puedo, pero lo que sí puedo decir es que todo un selecto racimo de ilustres apellidos se agrupa en ella, y hasta nobiliarios títulos se han metido en la aventura de esta Asociación Cultural que trata de salvar valores artísticos de Sevilla. Hay quien piensa en este sentido que si la concienciación que ahora supone la calle de San Fernando se hubiera producido antes, más de un Palacio se encontraría aún en pie, más de una señorial casa no se hubiera tirado, y no que la piqueta se cebó en ellos por esa falta de concienciación que ahora parece nacer en nuestros ilustres y nobles hispalenses. Pero ya sabe ese dicho de «más vale tarde que nunca».

En Sevilla se dice que la historia de la calle de San Fernando no es ni más ni menos que una prueba de fuerza para cargarse al alcal-

de —ex alcalde—, aunque posiblemente en este aserto no exista mucha razón, desde el momento en que se habla también que otros enfrentamientos a mayor altura fueron la causa del cese, mientras que otros habían incluso de cierto prócer sevillano, a quien señalan como cerebro que ha guiado todos los hilos del asunto para hacerse un buen cartel de cara a la ciudad y al futuro, en cuanto éste se entienda en su proyección popular. Por último, están también los que dicen que se trata de una maniobra política para saber si se cuenta o no con esa mayoría silenciosa a la que tantos halagos se le hacen en los últimos tiempos.

Y la verdad es que con la cantidad de problemas que Sevilla tiene, el hablar tanto y tanto de esos jardines que están detrás de la muralla, y que no tienen más de quince o veinte años, no se entiende semejante polvareda, en la que incluso ha intervenido más de un ex alcalde, mientras que la ciudad sigue contando con todo un rosario de problemas pendientes de soluciones que no sabemos cuándo llegarán.

Dijo el ex alcalde en una ocasión que no se metería a cambiar los planes elaborados por el Ayuntamiento para la calle de San Fernando —lo que supondría un buen montón de millones, según también dijo—, mientras que en Sevilla existan calles con baches y zonas sin iluminación. Podría decirse también —si es que se le olvidó al ex alcalde— que mientras existan tantas almas sin viviendas, tantos niños sin escuelas, tantos mercados de abastos que se caen sin que se piense construir otros nuevos, tantos... en fin, usted me entiende, que la lista bien larga que podría ser.

Pero mientras sí y mientras no, ahí está esa flamante Asociación Cultural, que ha nacido con el noble propósito de «estar con las autoridades cuando sea preciso y enfrentándose con ellas cuando también sea preciso», como me dijo don Joaquín González, profesor de la Facultad de Filosofía y archivero de los Duques de Medinaceli, como ya le dije.

La verdad del cuento no está muy clara por ninguna parte, y menos aún cuando esa sociedad cultural —no sé si ya autorizada por la Ley—, que había prometido entregar en el Ayuntamiento cien mil firmas el pasado día 30 de mayo —fiesta, por demás, de San Fernando, Patrón de la ciudad—, se mantiene en silencio desde la dimisión del alcalde.

Las razones por las que no ha cumplido su pública promesa, las desconozco; los enfrentamientos intestinos de las distintas fuerzas locales, los desconozco, si es que existen, ya que, como buen español, me atengo a las informaciones que me ofrece la prensa, y ésta, desde hace unos días, se ha desentendido del asunto. ■ FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

SEVILLA

Las cien mil firmas

● Pues aunque suene a extraño, esta vez no han sido los progres los que se han lanzado a la recogida de firmas en esta tan curiosa y pintoresca Sevilla, sino toda una corte de personas que pueden estar perfectamente identificadas

con la flor y nata del «establishment» sevillano. Esas fuerzas hispalenses (como las llama Antonio Burgos, para distinguirlas del sevillano y llano pueblo), que en su momento aceptaron el reto del alcalde —hoy, como se sabe, ex alcalde— y pusié-

